

La economía mundial y los países pobres

Henri Rouillé d'Orfeuil

Para percibir las alternativas de la evolución de los países del tercer mundo, vamos a proponer a las tres hipótesis sobre la evolución de la economía mundial (mundialización, regionalización, fragmentación) la cuestión de la integración política (o de la soberanía compartida):

En el caso de que se refuerce la mundialización económica, es decir, en el caso de un mundo en el que reine el libre-cambio generalizado, son varias las consecuencias de futuro que se perfilan para los países del tercer mundo.

La integración política y la integración económica progresan paralelamente; es decir, que frente al poder económico se constituye una «gobernabilidad» de carácter democrático que tiene en cuenta los intereses del conjunto de la comunidad humana. Los hombres y mujeres del tercer mundo podrían entonces esperar convertirse en ciudadanos y ciudadanas con pleno derecho de esa democracia mundial. Creación de un Estado de derecho internacional; libertad de circulación de informaciones, productos, capitales, pero también, de ideas y de personas; transferencia de riquezas de regiones y grupos pobres; integración de los excluidos... La construcción de una democracia mundial constituye una opción responsable. Es para los defensores de la democracia, que son muchos en los países del Norte, un combate más consecuente que la transferencia a países exangües de un modelo institucional estereotipado. Por desgracia, no existen siquiera ni los gérmenes de esa democracia mundial. La Organización de las Naciones Unidas está muy lejos de eso por el momento, tanto en su misma concepción como, sobre todo, en su modo de proceder. No se ve, hoy por hoy, cómo podría iniciarse semejante transformación y cómo serían capaces las potencias centrales de aceptar ser gobernadas según las reglas de las mayorías. Por lo demás, las negociaciones económicas pasan sistemáticamente de la ONU a las instituciones de Bretton Woods, donde los votos están en función de la aportación de capital, incluso son tratadas directamente por el Grupo de los Siete (G7), que es el que impone la línea a seguir en materia de conducción de la economía mundial.

La integración política mundial queda en el olvido; es decir, que la mundialización económica no puede ser regulada por un poder político que actúe a esa

misma escala mundial. El mapa del mundo, que ya no es geográfico sino económico, continúa así polarizándose, dejando a los hombres y mujeres del tercer mundo tras sus fronteras nacionales en los «caos bien definidos» (O. Dollfus), botín, en el mejor de los casos, de los fundamentalismos y, en el peor de los casos, de una desestructuración «a la somaliana». Con todo, esas fronteras reforzadas, que crean progresivamente un inmenso ghetto planetario, no detendrán ni las informaciones ni las drogas ni los virus ni la violencia, que ponen en peligro de «contaminación» al primer mundo, aunque esté protegido en sus barricadas.

Si la hipótesis de la mundialización, la del GATT, quiere ir adelante, los países del Sur tendrán que imponer un proceso de negociación, política esta vez, para crear un «mundo-naciones» o, según E. Morin, una «tierra patria», como se crearon en el siglo pasado los Estados-naciones. En esta negociación, el tercer mundo, sin duda ligeramente recompuesto, reencontraría su razón de ser en esta negociación, como partido y como fuerza.

En el caso de una orientación hacia la regionalización de la economía mundial, es decir, si se afianzan conjuntos económicos regionales con intercambios intrarregionales libres o interregionales organizados, son también varias las consecuencias de futuro que aparecen. Hay que notar que esta evolución, en ruptura con la evolución actual, sólo puede ser tenida en cuenta si hay precisamente poderes políticos regionales que tomen el timón de la negociación y, por tanto, si existe una verdadera integración política regional.

La integración de tres regiones nórdicas se amplía hacia el Sur, permitiendo la creación de conjuntos-compuestos formados por países del Norte y países del Sur: ALENA (NAFTA) incorpora a México y podría extenderse a toda Latinoamérica o a una gran parte de ella; Japón, a base de círculos progresivos, asocia a los dragones (AEAN y China) en una nueva esfera de coprosperidad que, por el momento, no dice ni su nombre ni su forma jurídica; Europa se amplía a una Europa meridional pobre y se asocia por el este y el sur con países limítrofes. Existen pocos casos (a decir verdad, ninguno) de verdadera integración política Norte-Sur: Grecia, España y Portugal, cuyo nivel de desarrollo era débil, se han unido a Europa como miembros de pleno derecho; los Länder de la ex-RDA han hecho lo mismo gracias a la reunificación de Alemania. Una integración política exige solidaridad y verdaderos sacrificios, al menos a corto plazo, de los miembros más ricos. Difícilmente es imaginable, hoy por hoy, una ampliación masiva hacia el Sur con integración política. Las regiones (el Magreb, los países ACP) son considerados, como mucho, como zonas privilegiadas de cooperación. Aunque la cooperación pueda ir bastante lejos, como, por ejemplo, en el caso de la zona franca entre los países francófonos de África negra y Francia. Pero, sin una integración política, la opción por regiones constituidas en zonas privilegiadas de cooperación corre el peligro de crear vínculos de dependencia e incluso de colonización. Una nueva

Conferencia de Berlín que atribuyera Latinoamérica y el Oriente Medio a América del Norte, África a Europa, y el Pacífico asiático a Japón, evocaría a algunos países del tercer mundo antiguos recuerdos no siempre gratos.

La integración regional, cuando se convierta en integración política, aproximará más fácilmente a países que tengan niveles de desarrollo comparables. En ese escenario de la regionalización del mundo, los países del tercer mundo están llamados, pues, a reagruparse, por su parte, en conjuntos más homogéneos, pero sin duda menos complementarios. Se esboza así una economía mundial constituida por conjuntos regionales que negocian entre sí acuerdos de cooperación o de asociación. Pero estos conjuntos regionales sólo podrán conseguir una verdadera substancia si juegan su papel las «preferencias comunitarias» y si lo permite el intercambio internacional. Ello depende de la posibilidad de los países del Sur de construir, a escalas regionales, poderes reales en lo político, estratégico, cultural, monetario, económico y científico, y de alejarse, como el Norte podría verse tentado a hacerlo, del «modelo Bretton Woods» de orden económico mundial.

El tercer mundo reencontraría, en esta hipótesis, su papel en la negociación internacional. Frente al Norte, que se segmentaría y se protegería, el Sur tendría que negociar las condiciones de una nueva organización de los espacios, de la que fluiría la organización de los intercambios. El Sur debe hacer compatible, como el Norte sabe hacerlo, el libre-cambio intrarregional y la organización de intercambios interregionales: acuerdos sobre productos, fondo de estabilización, constitución de poderes monetarios regionales, son otros tantos desafíos para la formación de espacios regionales mejor protegidos y para el relanzamiento de dinámicas de desarrollo interno, por no decir «autocentrado». Los países-continentes, como India y China, pueden mostrar el camino, al ser ellos mismos conglomerados. Con todo, se trataría de un nuevo giro para los países reajustados que están ahora preparados para afrontar un «intercambio libre y justo» (*free and fair trade*).

En el caso de la fragmentación de la economía mundial, por cuestionamiento de las reglas del comercio mundial o por exclusión de algunos países de las diferentes formas de integración mundial regional, cada país tendrá que encontrar su camino en una nueva jungla. ¡Y ya sabemos lo que es la ley de la jungla para los países débiles! Ignorando la regla de la preferencia generalizada, que pretende que una nueva ventaja comercial concedida a uno debe ser concedida a todos los países, cada uno negociará sus intercambios sin marco general. Las economías de exportación saldrán bastante maltrechas, sin duda, en aras de un recentramiento de las economías. Para los países del Norte, que intercambian cerca del 25% de su producción y de su consumo, y a veces mucho más, es difícil imaginar semejante vuelta atrás. Más probable sería la aparición de una fragmentación selectiva que afectaría a determinados productos y servicios. Cabe esperar,

especialmente, tentativas de bloqueo de la deslocalización de los empleos agrícolas, industriales y de servicios. So capa de respeto por los derechos sociales y medioambientales y de su instauración de una competencia leal, los países del tercer mundo perderían sus «ventajas comparativas». Los países excluidos de los mecanismos de integración económica y privados de acceso a una soberanía compartida constituirían entonces un «cuarto mundo» planetario, «aparcado» tras sus propias fronteras.

[Tomado del libro de Henri Rouillé d'Orfeuil
«El Tercer Mundo: claves de lectura»,
Santander, Sal Terrae, 1994, 147-152 pp.]